

La industria cultural, el libro y las nuevas tecnologías **por el Dr. José Luis de Diego**

*(Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad Nacional de La Plata)*

1. En primer lugar, una necesaria aclaración: debo decir que por mi actividad no tengo un conocimiento directo de la industria cultural ni, mucho menos, del mercado del libro; soy un académico y no un empresario, de modo que mi aporte procurará brindar un panorama desde ese lugar, ligado, casi con exclusividad, a textos literarios y de ciencias sociales y humanas, y a un lugar, la Argentina.

Podemos tomar, como punto de partida, la década del sesenta, en la que se asiste - según un conocido título del semanario Primera Plana - al boom del libro argentino. Este vigoroso surgimiento del libro y su correlativo crecimiento en las ventas tiene varias causas no demasiado estudiadas: el relativo bienestar económico de una clase media ilustrada, la explosión matricular en las universidades públicas, cierto contexto internacional favorable al debate político e intelectual, la creciente radicalización política de vastos sectores de la sociedad, etc. Algunos ejemplos emblemáticos que ilustran este fenómeno resultan el inédito nivel de ventas de la Editorial Sudamericana de Buenos Aires (basta pensar que editó, en aquellos años, Rayuela, de Julio Cortázar, Sobre héroes y tumbas, de Ernesto Sábato, Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez, Boquitas pintadas, de Manuel Puig, entre otros), el exitoso lanzamiento de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), y las colecciones populares de libros y fascículos en diferentes colecciones (Capítulo, Transformaciones, Siglomundo) del Centro Editor de América Latina. La industria editorial argentina había terminado por ocupar un lugar central en el mercado de habla hispana, no sólo por el nivel de sus ventas y su difusión creciente, sino también por su capacidad de poner en circulación la literatura latinoamericana hacia el mundo y el pensamiento del mundo hacia América latina. De este segundo itinerario, pueden brindarse también algunos ejemplos, como las tempranas traducciones de Aurora Bernárdez de los textos de Jean Paul Sartre, para la Editorial Losada, o la también temprana traducción de Héctor Murena de los textos de Walter Benjamín, un pensador decisivo que varios años después fue introducido al mercado español mediante las ediciones de Taurus. Por entonces, Argentina - y en buena parte México - iba muy por delante de España en políticas editoriales económicamente productivas e ideológicamente activas.

Esta situación se prolonga hasta la primera mitad de los setenta (no hay que olvidar que para 1975 todavía Sudamericana sigue publicando grandes éxitos de ventas como El otoño del patriarca, de García Márquez, o Yo el Supremo, de Augusto Roa Bastos). Sin embargo, dos hechos terminarían por derrumbar aquellas tendencias: una brusca devaluación del peso hacia 1975, conocida como el "Rodrigazo", y el golpe militar del 24 de marzo de 1976. Si bien este tema es materia opinable, me animaría a afirmar que entonces comienza un proceso de deterioro creciente de la industria del libro y de la cultura. La violenta represión ejercida contra el pueblo en general y contra el mundo de la cultura en particular produjo desplazamientos desde la centralidad que ocupaba Buenos Aires hacia México (en especial, el intenso trabajo de dos editoriales tan unidas a la Argentina como Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI) y, cada vez con más fuerza, hacia España, que por entonces iniciaba su transición democrática post-franquista. A mi juicio, el proceso de deterioro de la industria editorial no se detuvo, a pesar de cobrar algo de oxígeno en la llamada

"primavera" alfonsinista, cuando vieron la luz numerosos textos producidos por argentinos en el exilio y se tomó contacto con una renovada bibliografía censurada en años de la dictadura. En este sentido puede aportarse un dato de interés: en 1977, Rodolfo Borello alertaba sobre una crisis en el mercado editorial:¹

Económicamente, el negocio editorial argentino se encuentra en crisis desde 1954 y la situación no parece haber mejorado hasta hoy. Es más, entre 1975 y 1976 se ha vuelto tan crítica que los últimos informes sobre las editoriales y el libro (como industria) no auguran un futuro brillante para la misma.

Pero, paradójicamente, las fechas "tan críticas" que cita Borello serán vistas, desde principios de los noventa, como las épocas de mayor bonanza. Dice Andrés Avellaneda:

En 1974, 1984 y 1987, los novelistas extranjeros de más éxito alcanzaron a vender 60 mil, 10 mil y 8 mil ejemplares respectivamente; los argentinos, por su parte, 20 mil, 5 mil y 3 ó 4 mil ejemplares en cada uno de los mismos años".²

Hacia fines de los ochenta, comienza a operarse, en Argentina y en varios países latinoamericanos, una serie de procesos económicos y políticos que suelen resumirse bajo la fórmula "Reforma del Estado": privatización de empresas públicas, políticas de integración regional, progresiva salida del Estado en todo proceso de regulación del mercado, en fin, efectos sufridos por los países dependientes de la tan meneada "globalización". Las consecuencias de estas reformas resultaron letales para las pequeñas y medianas industrias nacionales - entre ellas, las editoriales -devoradas rápidamente por las transnacionales que concentraron en muy poco tiempo capital y mercado. En el caso de Argentina, si la presencia de capitales españoles fue importante en rubros como teléfonos y petróleo, en el mercado del libro - en donde la competencia con otras potencias capitalistas era menor - resultó dominante. Así, fue frecuente - y lo sigue siendo - anoticiarse de que algún grupo editorial español ha adquirido una editorial argentina, adquisición que, dada la situación de precariedad económica de todas ellas, suele hacerse a muy bajo precio. Hace pocos días nos enteramos que han sido editadas en España las últimas producciones de narradores argentinos de reconocido prestigio, como Rodolfo Fogwill y César Aira.

El sucinto itinerario que he trazado procura justificar un diagnóstico y unas perspectivas para nada alentadores si echamos una mirada hacia los próximos años. Parece obvio decirlo, pero esas perspectivas pueden ser atenuadas desde políticas acertadas de defensa del sector. Por ejemplo, políticas de exención impositiva (como mantener la excepción del impuesto al valor agregado, decisión continuamente amenazada por los ministros de turno), políticas que refuercen la integración regional en el marco del Mercosur, políticas culturales de promoción del libro y de la lectura, políticas que tiendan a revertir la creciente desfinanciación de la educación pública, políticas que fomenten el crecimiento de la bibliotecas públicas (en especial, la importante red de bibliotecas populares que se encuentra en extinción).

2. Pero las novedades que imprimen los últimos tiempos no se limitan sólo a cuestiones de política económica o a mutaciones en la lógica del mercado. Por un lado, es menester detenerse en la crisis del "objeto" libro, tanto como medio de representación de la experiencia humana, como en su

1 Borello, Rodolfo. Autores, situación del libro y entorno material de la literatura en la Argentina del siglo XX. *Cuadernos Hispanoamericanos*. 322-323 (abril-mayo 1977): 38.

2 Avellaneda, Andrés. Lecturas de la historia y lecturas de la literatura en la narrativa argentina de la década del ochenta. En Bergero, Adriana y Fernando Reati. *Memoria colectiva y políticas de olvido: Argentina y Uruguay, 1970-1990*. Rosario: Beatriz Viterbo, 199L pp. 173-174.

importancia decisiva en la comunicación. Esto no es nada novedoso: está declinando, por un lado, la letra escrita frente a la llamada "revolución de la imagen" y, en consecuencia, el reinado del libro, de más de quinientos años. En este sentido, recuerdo la sabia advertencia de Alfonso Reyes en La experiencia literaria: "Aunque carecemos de documentos, sospechamos que algunos pusilánimes temblaron también por la cultura cuando la democrática imprenta comenzó a volcarla a media calle". En mi opinión, el riesgo para la cultura no es ni la multiplicación de los media, ni la crisis del libro, sino la tendencia creciente a adaptar las características del mensaje a los diversos formatos mediáticos. Los que resultan más evidentes, al menos desde mi óptica, son el formato televisivo (información acrítica, inmediatez, fragmentación progresiva del mensaje, etc.) y el formato computacional (en donde la discursividad argumentativa clásica debe "encajarse" en moldes predeterminados: windows, links, webs, etc.). Ante esta situación, no reclamo fueros de "apocalíptico" ni de "integrado", según la célebre antinomia que formulara Umberto Eco en 1964.

La primera reacción ante estos fenómenos es emotiva y de rechazo generalizado; allí me reconozco como un ser racional que sigue reivindicando la tradición ilustrada y defendiendo la educación como el soporte esencial en la formación crítica del ciudadano. Pero esa misma racionalidad me mueve, también, a explorar esos fenómenos con infinita curiosidad, como si se tratara de esos organismos extraños que desafían los instrumentos de la ciencia. Lo que quiero decir es que es indudable que estos fenómenos afectan a la industria del libro; no estoy seguro, sin embargo, de que afecten negativamente a un concepto genérico de cultura. Sospecho que a menudo se tiende a magnificar los efectos perniciosos de la tecnología, como un modo de opacar o minimizar la principal amenaza que sufre la cultura: por un lado, las crecientes desigualdades sociales y la exclusión de las mayorías del acceso a la educación pública y, por otro, la precariedad en que se desenvuelve esa educación pública, con maestros y profesores cada vez peor remunerados y cada vez peor formados. También en este punto resulta arduo trazar las perspectivas de futuro. Asumo, en este sentido, una postura deliberadamente provocadora y, en algún sentido, "conservadora": no hay cultura democrática sin educación pública. Me tiene sin cuidado que esa educación se lleve a cabo con computadoras o sin ellas. Pareciera difundirse peligrosamente un concepto de instrucción ligado a saberes instrumentales (computación, inglés, marketing, management) que más que asociarse a la formación del ciudadano tienden a convertirlo en una suerte de secretaria ejecutiva de una empresa. Éstas resultan las perspectivas futuras más previsibles, en la medida en que el Estado no vuelva a asumir su rol central en la educación del pueblo.

3. Un tercer aspecto por analizar tiene que ver con las tendencias en el consumo del libro. La brutal polarización en la distribución de la riqueza operada en los últimos años también tiene sus efectos en el consumo del libro. Así como se fue agotando la tendencia a fabricar, por ejemplo, automóviles de bajo costo, al alcance de clases medias bajas y asalariados, y sólo parecen ofertarse vehículos para quienes concentran la riqueza; así también - y salvando las obvias diferencias - el libro ha sufrido las consecuencias de dicha polarización. Hace treinta años, el libro era más barato, la oferta más diversificada y la calidad material del objeto era peor. Hoy, las dificultades para editar son enormes, debido a los costos y a la caída de las ventas, de modo que la oferta se reduce y apunta a sectores de más altos ingresos mediante ediciones más cuidadas y con alto impacto visual. Casi todas las librerías han diversificado su oferta, "libro-arte" o "libro-regalo" (cuyos contenidos son heterogéneos, pero unificados por el diseño para la venta; allí conviven veleros y estancias de Buenos Aires, la maravillas del Antiguo Egipto y Matisse, plantas de jardín y la historia ilustrada del tango), antes limitados a librerías especializadas. Por su parte, el libro barato ha quedado relegado a librerías ad hoc de usados, ofertas, saldos y "curiosidades".

En cuanto al libro de las llamadas ciencias sociales y humanas, consumido principalmente por universitarios, las recientes devaluaciones los han alejado aun más de los magros bolsillos de docentes y estudiantes. Aquí, las soluciones parecen ser de dos tipos. Una solución "impresa" recurre a la fotocopia o al extenso apunte constituido por una antología de textos fotocopiados. Todos sabemos que la industria del fotocopiado es, en algún sentido, tan nociva como fatalmente necesaria. Por un lado, acerca el saber, a bajo costo, de miles de estudiantes que no pueden acceder a libros caros; por otro, condena aun más a la ya alicaída industria editorial. En tanto fenómeno nocivo, son conocidas las enormes dificultades para controlar su difusión y comercialización de un modo "pirata", sin pagar derechos a editores ni a autores. Una segunda solución es el texto "virtual". La cátedra abre una página web y allí va colocando los textos que los estudiantes deben estudiar o de mera consulta. Lo mismo ocurre con las actas de congresos, simposios o acontecimientos similares, que cada vez con mayor frecuencia se distribuyen con soporte digital y ya no se editan en forma de libro. Si la generalización de las fotocopias es casi inevitable, el texto "digital" parece aun más difícil de controlar. Insisto: ambas tendencias amenazan directamente a la industria del libro - cientos de estudiantes, recurren mucho antes a Internet que a una biblioteca -, pero parecen representar una tendencia fatal; como si el lector fuera un organismo extraño que hubiera mutado y se alimentara de otras sustancias, toda vez que el libro se ha transformado en un bien escaso.

4. Ante circunstancias adversas, el libro y los autores tenían, sin embargo, la alternativa de recurrir a formas variadas de mecenazgo. Advierto, en nuestro país, tres formas fundamentales de mecenazgo: el Estado, las organizaciones civiles sin fines de lucro (fundaciones) y las empresas privadas. En el primero de los casos, el Estado en Argentina cuenta con organismos que fomentan las manifestaciones culturales a través de subsidios y aportes diversificados: el Fondo Nacional de las Artes, el Instituto Nacional de Cinematografía, las secretarías de cultura (nacional, provinciales y municipales), etc. Como ha venido ocurriendo en América Latina, las urgencias en otros niveles han ido disminuyendo los aportes del Estado a la cultura. Muchos recordamos textos editados por el Fondo Nacional de las Artes, bilingües y de excelente factura: por ejemplo, las magníficas traducciones de Ángel Battistessa de *La divina comedia*, de Enrique Pezzoni de *Moby Dick*, de Manuel Mujica Láinez de *Fedra*. También se pueden citar algunas películas que pudieron ser realizadas gracias a subsidios del Instituto Nacional de Cinematografía. En el segundo de los casos, muchas de las fundaciones surgen de la iniciativa privada, ya que existen leyes que posibilitan la desgravación de impuestos mediante el aporte a proyectos culturales. Sin embargo, y hasta donde yo conozco un fenómeno muy complejo, dichos aportes suelen estar dirigidos a las artes plásticas (que a menudo decoran los salones de un banco o de una empresa) y a la música (recitales y conciertos realizados en esos mismos salones), y rara vez se destinan a la edición de libros. El concepto de cultura que suelen manejar esos organismos es un concepto "social" (en el sentido que el adjetivo tiene cuando las clases acomodadas hablan de relaciones o contactos "sociales"), y el público al que apuntan se diseña a partir de la figura "cliente potencial". Lo mismo ocurre cuando - el tercero de los casos - son las empresas quienes, sin mediación, realizan aportes destinados a la cultura. En los últimos tiempos, podría aventurar que casi todos esos aportes se dirigen a programas de televisión que supuestamente favorecen al desarrollo cultural. Un programa de debates y análisis políticos muy difundido en nuestra televisión menciona a las empresas que lo patrocinan (durante mucho tiempo, la principal fue Aerolíneas Argentinas, antes de su sonado proceso de quiebra) y agrega, en la presentación, que a esas empresas "les interesa el país". En síntesis: que las formas de financiación y mecenazgo existen, que con el tiempo el nivel de sus aportes ha ido decreciendo - y que estimo seguirá decreciendo - y que el efecto que tienen sobre el mercado del libro o la eventual promoción del libro es casi nulo.

Por último, no se me escapa que este aporte tiene poco de reflexión en profundidad y

mucho de notas al paso, con el riesgo de parecerse demasiado al caos. Sin embargo, preferí este camino como el modo de sugerir y aun provocar un debate que cada vez más nos compromete a todos.